

La Obediencia de la Vida del P. Teilhard de Chardin

René d'Ouinice, S. J.

La controversia suscitada en torno a las teorías del P. Teilhard de Chardin ha desbordado ya el ámbito puramente científico para invadir el tema de la misma personalidad de este famoso jesuita. Seguidores y opositores del teilhardismo pretenden hallar en el complejo de su rica personalidad un fundamento último para sus afirmaciones y teorías científicas. Es natural que, tratándose de un sacerdote y de un religioso que perteneció a una Orden que tiene fama de exigir de sus miembros una absoluta sumisión a la obediencia, se hayan preguntado: ¿cuál fué la actitud del P. Teilhard de Chardin en este terreno?

La respuesta nos la da el P. René d'Ouinice con una sinceridad no menor que la que el mismo P. Teilhard manifestó durante toda su vida. Y de este estudio brota con evidencia meridiana la convicción de que el P. Teilhard fue un excelente religioso, que procedió en los momentos más difíciles de su vida con una sumisión total a las disposiciones de los Superiores. (1)

Al comenzar a hablar sobre la relación del P. Teilhard de Chardin con respecto a sus superiores religiosos y eclesiásticos, me doy perfecta cuenta de emprender algo difícil, con un material de hechos en parte descorazonador, y sobre todo ahogado ya por muchas leyendas.

Sin querer describir aquí exhaustivamente la historia de una controversia, que gracias a mi antiguo puesto (fuí desde 1936 durante varios años superior del P. Teilhard) conozco muy bien, quisiera solamente mostrar sus orígenes y describir la conducta del Padre a lo largo de una extensa prueba, que tocó a lo más vivo de su vocación personal.

Signos que presagian la crisis.

Las primeras dificultades surgieron durante

(2) Uno de sus primeros oyentes, Marcel Lé-gaut, ha caracterizado la benéfica influencia de estos encuentros:

"Nos encontrábamos sorprendentemente admirados ante un sacerdote recién descubierto, que trataba los problemas religiosos con valentía decidida, sin que se dejara sentir la menor inseguridad espiritual, la menor nebulosidad de dificultades irresueltas acerca de problemas más o menos espinosos, que exigían una respuesta. Ciertamente que nosotros estábamos completamente convencidos... de la posibilidad de una tal honradez espiritual e intelectual. A pesar de la preocupación de Portal al elegir para estas lecciones a profesores sacerdotes intelectualmente honrados, nuestra intuición notó siempre rápidamente un desvío, cuando el profesor por ejemplo esquivaba por medio de una sonrisa o de una ingeniosa palabrería una objeción, cuan-

los años 1920-23, en los cuales el Padre enseñó Geología en el Instituto Católico de París. Este curso severamente científico es, según mi opinión, único. Pero al mismo tiempo el Padre llevó a cabo su trabajo espiritual e intelectual ante dos auditorios diferentes.

Por un lado, ante jóvenes seculares: alumnos y antiguos alumnos de las Escuelas Universitarias de Ciencias, que le oyeron regularmente en las reuniones de la USIC. Su Director fue el P. Puppey-Girard; y además alumnos del seminario de altos estudios pedagógicos que se agruparon alrededor del Sr. Portal, iniciador del primer intento fracasado de unidad con los anglicanos. En estos católicos, celosos y libres de toda sospecha que, como entonces se comenzó a decir, hambreadan unidad, encontró casi sin excepción una calurosa fidelidad. (2)

do él personalmente carecía de todo interés hacia una exacta aclaración del problema tratado, cuando se preocupaba más de adoctrinar que de investigar y de solucionar las dificultades ajenas más que las propias, dejándose apartar o desviar de éstas por medio de sus actividades apostólicas.

Con el P. Teilhard sucedía exactamente lo contrario. El mismo ponía al descubierto en nosotros las inquietudes y timideces de los débiles en la Fe, nuestra cobardía intelectual, nuestra inclinación inconsciente y extremadamente tenaz hacia la seguridad...! Y por fin también el lado pueril de nuestra fe, y andar una doble ruta en nuestra vida espiritual.

Ciertamente que uno no alcanza la unidad armando tabiques protectores a través de atrinchamientos, de timidez y cobardía, que uno disfraza de sumisión. Más bien la obtiene uno como premio al afanarse y al intentar la clari-

(1) La Facultad de Teología de Lyon-Fourviere de los Padres Jesuitas franceses ha publicado recientemente una colección de importantes artículos en homenaje al P. Henri De Lubac, S. J., bajo el título "El Hombre ante Dios. Perspectivas actuales" (Editorial Aubier). Se integra en cuatro grupos: "Encuentro de las Religiones", "Conocimiento de Dios", "Misterio de Cristo", "Método y Programas". Y se cierra con una bibliografía de las obras de De Lubac. En dicha colección aparecen tres artículos sobre Teilhard de autores bien conocidos (Bruno de Solages, Gaston Fessard y René d'Ouinice) a través de los cuales la Teología, la Filosofía y la Espiritualidad entretejen una corona en honor no sólo de Teilhard, sino también de su intérprete más profundo, De Lubac.

El P. Juan Hernández Pico, S. J., que ha obtenido autorización para ello del autor y de la Editorial, nos remite desde Frankfurt am Mein el tercero de estos artículos, puesto por él en español a través de la traducción alemana aparecida en "Orientierung" del 6/30/64.

Teilhard se dió cuenta del entusiasmo con que se le seguía, y esto fortaleció en él la fe en su "Evangelio". La atracción de la Geología se fue desvaneciendo ya ante la llama de su celo apostólico.

Por otro lado, el Padre visita, o más bien es visitado, por un determinado grupo de seminaristas, estudiantes de órdenes religiosas y profesores, que buscan en él un consejo. "Un gran prestigio también entre los jóvenes clérigos" atestigua de él precisamente Claude Cuénot ("Pierre Teilhard de Chardin. Les grandes étapes de son évolution", Plon, 1958, pág. 50, N° 1), citando una carta de 1921.

Teilhard era para ellos un caso extraordinario, enormemente interesante. Sus artículos en el "Dictionnaire apologétique de la Foi catholique" (1912), en la revista "Etudes" (1921), en la "Revue de Philosophie" (1923) lo habían descubierto como evolucionista, y precisamente no con timidez, al modo como uno se los encontraba en los seminarios de aquella época, sino en total abertura, por no decir como un evolucionista triunfante. Conocían el arsenal de objeciones contra la evolución a partir de sus libros de texto, y las continuas amonestaciones de las Congregaciones Romanas, y no es de extrañar que les quemara en los labios la pregunta: ¿Cómo sales de este atolladero? Si en efecto Teilhard lo ha logrado, ¡menudo hallazgo!

En su lugar yo hubiera hecho lo mismo; sin embargo debo conceder que una curiosidad tan limitada no suponía la mejor actitud para atacar un problema, que merecía ser pensado en sí mismo y sin perspectivas polémicas.

Sobre sus conversaciones privadas no poseemos ningún documento serio. Sólo sabemos que Teilhard tuvo sus enemigos declarados. "Me quieren impedir ir adelante", dijo confidencialmente al Abbé Gaudefroy, "a pesar de todo continuaré". Y sabemos también que se ganó

dad, el valor, dominado por la fe, fructificado en la gracia, esclarecido a través de la experiencia y el tiempo. El Padre había entrado ya entonces por la fe y la gracia... y también a través del sufrimiento y la perseverancia, en este proceso de madurez. Su presencia fue para todos nosotros, cuando salíamos precisamente de nuestra edad escolar, y para toda nuestra vida, un auténtico alimento para el camino.

Me acuerdo con especial precisión de los Ejercicios, que nos dió el Padre en octubre de 1928, después de la muerte del Sr. Portal. Al pequeño grupo se le había arrebatado su cabeza, y en cierta manera también su corazón, e influencias y estímulos externos de todas clases nos

(3) Las preguntas que se le hicieron —preguntas demasiado ceremoniosas y escolares (ciertamente formuladas como sólo un alumno lo puede hacer): "¿Dónde estuvo situado el paraíso terrenal?... ¿cómo entiende Ud. el pecado original?"— eran precisamente aquellas, que él sensatamente no debiera haber aceptado. Alguien menos ingenuo hubiera comenzado "ab ovo", y a continuación hubiera atacado los pen-

admiradores incondicionales, y estos suelen ser más peligrosos que los otros.

Algunas conferencias públicas dan detalles más exactos. El Sr. Pressoir, superior del "Séminaire des Carmes", que apreciaba mucho al joven geólogo, le invitó a tener una charla para sus alumnos sobre un tema, cuyo contenido exacto no conozco, pero que aproximadamente se refería a las "relaciones entre la ciencia y la fe". La conferencia fue preparada cuidadosamente y no hubo nada que censurar en ella.

Pero durante la comida y el tiempo de sobremesa, que le siguió, las preguntas se deslizaron hacia otros temas, y al escuchar las respuestas improvisadas de su invitado el citado Director lamentó haberlo invitado. El mismo contratiempo se repitió en otras ocasiones.

Una debilidad de Teilhard.

Debo mencionar aquí una debilidad de Teilhard: le faltaba completamente cierta sensatez pedagógica. Al rechazar como decía Marcel Légaut "toda falsedad intelectual, la menor nebulosidad u ofuscación de las dificultades por solucionar", estaba convencido de que la verdad lleva a la luz a aquel que sinceramente no anda en rodeos con ella. Trataba a sus compañeros de diálogo no sólo con benevolencia, sino principalmente con respeto, y jamás se permitió hacer teatro a base de "sonrisas de superioridad o ingeniosos subterfugios". Concedía siempre la mayor importancia a la objeción presentada y respondía, sin atender a los riesgos, exactamente como pensaba, con las palabras que en aquel momento le venían a los labios. Personalmente a mí me encandilaba con este procedimiento, pero a Teilhard le llevaba a responder a un joven clérigo, que a penas le podía entender, del mismo modo que hubiera respondido a un miembro de la Academia Pontificia de Ciencias. (3)

zarandeaban de acá para allá. Nos amenazaba la disolución. Se intuían los primeros presagios de multiplicidad de aspiraciones y de divisionismos. Para estos ejercicios de grupo el Padre eligió el tema de uno de sus principales escritos, "El medio divino", como "leit motiv". La situación varió completamente. El grupo salió del pequeño seminario de Gentilly, donde dió los Ejercicios, renovado y unido... Conozco a un estudiante de pedagogía, que ya entonces era profesor de universidad, que en dos días con sus noches, copió de su propio puño y letra el manuscrito, que el Padre le había prestado para unas horas y con un fin totalmente diferente." ("Cuadernos universitarios católicos", oct. 1958).

samientos principales del problema: el concepto de Historia Natural que presenta una cadena de sucesos, cada uno de los cuales está ligado a un "antes" y un "después"; enseguida el caso fuera de serie del primer suceso de la historia humana, que, en cuanto raíz de nuestra historia, es ciertamente histórico, aun sin ser propiamente un suceso "intrahistórico", aun sin presentar categoría de eslabón de la Historia, puesto que

Finalmente, (como a la mayoría de todos nosotros nos puede suceder), podía darse el caso de que, en el curso de una conversación, de una carta escrita apresuradamente, hiciera uso de expresiones mal elegidas, las cuales, tomadas a la letra, eran insostenibles y reproducían falseadas sus ideas. Un profesor del Instituto Católico, que apreciaba mucho los valores del P. Teilhard, me contó que en 1936 había acompañado a Teilhard al Seminario Diocesano de Diáconos de París, Rue du Regard, donde dio una conferencia sobre el origen del hombre. La conferencia fue excelente, pero en el curso de la discusión espontánea subsiguiente, se tocó de nuevo el tema del pecado original, quizás de manera algo más agresiva, de modo que el Padre, sin pensarlo mucho, formuló unas cuantas frases abruptas, algo así como: "El pecado original... no es sencillo captarlo en ideas", o "Cada uno de nosotros se lo imagina como puede"... , a través de las cuales la vivacidad de la expresión iba ascendiendo peligrosamente de respuesta en respuesta. Bajo el pretexto de lo avanzado de la hora, el amigo de Teilhard se abrió paso suavemente hacia la puerta.

Ante un auditorio benévolo, o simplemente de juicio recto y objetivo, una cosa así no adquiere mayor importancia. El texto elaborado permite establecer un juicio sobre las ideas fundamentales, y hasta una serie de frases desafortunadas, dichas en el fuego de la discusión, no tienen consecuencia alguna.

Conmociones subalguentes a la crisis modernista.

Pero en un círculo malévolo o predispuesto parcialmente en contra, el asunto se convierte en una catástrofe. Un resbalón inconsciente se interpreta como una traición a algo que se esconde cuidadosamente en el corazón, lo tergiversado de las ideas, hábilmente cubierto por una presentación magistral e hipócritamente ortodoxa. Cuando estas interpretaciones han ocurrido una vez, cuando el auditorio está al acecho, listo para apoyarse en el menor desliz y encontrar así su sospecha confirmada, no queda otro remedio sino pedir a Dios la gracia de volverse mudo. Nadie se escapa de esto en tales circunstancias, y Teilhard. homo erat... salió descalabrado del asunto.

antes que él no existe ningún suceso precedente, con el cual se pueda relacionar... Teilhard desatendió estos presupuestos! Formuló inmediata-

(4) El Cardenal, según la afirmación de Monseñor Baudrillart, Rector entonces del Instituto Católico, dirigió al General de la Compañía de Jesús un severo aviso. Por su parte el General estaba ya alarmado por otras comunicaciones. Para cortar de raíz la acusación, el P. General Ledochowsky exigió del P. Teilhard la firma de un documento, que él mismo redactó de su puño y letra, y que contenía, con las formula-

Dentro de las costumbres de aquel tiempo (un poco después de la crisis modernista, la Iglesia vivió en estado de sitio y el Intergralismo se movió a sus anchas) había que prever que los apuntes de los que escuchaban sus conferencias e incluso las "recomendaciones" que el Padre redactó privadamente para algunos de sus hermanos de Orden, tomaran el camino de Roma. Llegaron de hacho a allá y convergieron en los últimos meses del año 1924 hacia el Cardenal Merry del Val. Teilhard fue acusado nada menos que de negar el dogma del pecado original. Teilhard escribió desde París al P. Augusto Valensin el 13 de noviembre de 1924: "Me ha sobrevenido... una pequeña contrariedad. Uno de mis papeles, en el cual esbocé tres posibles direcciones para intentar la interpretación del pecado original, fue —no sé cómo— enviado a Roma... Sorpresa del censor... De este asunto salgo con marca de hereje o de charlatán, como Ud. prefiera". Esta forma perseveró ya hasta su muerte. (4)

En la atmósfera de París, donde el Padre era muy conocido y controvertido, por no decir asediado, se preveía que sobrevenir pronto otros incidentes semejantes. El único medio efectivo para preservarlo de contratiempos similares, consistía en enrolarlo en una actividad puramente científica y alejarlo de París. Los jesuitas franceses tenían Misiones en el Lejano Oriente. Uno de ellos, el P. Licent, había fundado en Tientsin un museo de Historia natural y clamaba por un colaborador apropiado. Teilhard había emprendido ya en 1923 una expedición exitosa a la región del desierto de Gobi. Allá tendría que volver de nuevo, y la enorme distancia debería liberarle de sus relaciones en París, que decididamente se habían vuelto demasiado peligrosas!

Primera fase de un malentendido.

De este modo sucedió que el Padre se embarcó de nuevo en abril de 1928 hacia China y tuvo que cambiar su cátedra del Instituto Católico por una misión de investigador en el Lejano Oriente. Esta decisión providencial le iba a dar ocasión de participar en el descubrimiento del "Homo Pekinensis".

Bajo las apariencias de estar en desgracia —"el mundo entero se dará cuenta de que he sido desterrado por mis ideas..."— la medida

mente una respuesta, que, para ser bien entendida, exigía una prolongada familiaridad con sus ideas.

ciones clásicas, el dogma del pecado original. Teilhard firmó. La correspondencia con el P. de Valensin muestra que no tuvo la menor dificultad en afirmar el dogma, pero que a la vez quería reservarse a toda costa "el derecho de investigar" y la posibilidad de ayudar a personas "inseguras y atribuladas", que frecuentemente se dirigían a él. Su fe quedó con esto fuera de toda sospecha.

tomada por los superiores dió a Teilhard un puesto, que, bajo algunos puntos de vista, era envidiable, incluso él mismo lo había deseado algunos años antes (el 4 de Julio de 1920, día de su nombramiento para el Instituto Católico, escribe a un amigo: "A esta cátedra de profesor, preferirla yo desde el punto de vista natural un puesto como investigador en Beirut, Shanghai o Trichinópolis, donde hay tanta falta de personal"). Pero en 1926 sus aspiraciones habían tomado otra dirección. París se le había mostrado como el lugar más indicado para sus metas, y le parecía tan indispensable conservarlo en orden a la prosecución de sus trabajos científicos como para la difusión de su mensaje personal. Un alejamiento definitivo —y de algo así se debía tratar— le pareció "destruir" todo su "plan de investigación" y privarle al mismo tiempo del auditorio más capacitado para la recepción de su "Evangelio". (5)

Dos clases de Superiores.

Al hablar de los Superiores del Padre, simplifico quizás más de lo que debiera. Si uno mira el problema a grandes rasgos, hay que decir que él fue defendido siempre por sus superiores inmediatos, o al menos escusado, cuando no todo se podía defender. Estos superiores le contemplaban de cerca, tal como vivía, se daban cuenta de la injusticia de algunas de las acusaciones lanzadas contra él, y sobre todo eran totalmente conscientes de los benéficos efectos de su influencia personal y de sus ideas fundamentales.

Las autoridades de Roma, dentro y fuera de la Orden, le juzgaban únicamente por sus textos escritos (propios de él y sobre todo informaciones acerca de él). Difícilmente podían adentrarse en la problemática del investigador no creyente, al cual Teilhard se dirigía, y apenas

(5) La víspera de su viaje, el 10 de enero de 1926, escribía: "A grandes rasgos el trimestre ha sido bueno. He podido trabajar mucho y me queda la impresión de que el asunto "producción", ya bajo el aspecto técnico, ya con respecto al influjo en la gente. Nunca me sentí tan en mi sitio, y en mi terreno para influir... y me exigen que me marche!"

Y sus primeras cartas desde Tientsin expresarán unos meses más tarde aún más exactamente su contrariedad: "Este creciente apego a China... no me permite olvidar el hecho inequívoco de que mis raíces están hundidas en París. Si se las arrancara, perderé mis mejores fuerzas" (carta al P. de Valensin de 13 de diciembre de 1926). El sacrificio exigido por la obediencia fue, por lo tanto, muy duro. El Padre lo aceptó, ciertamente con el corazón sangrando, pero en plena entrega.

Ante sus amigos de fuera de la Orden salió del paso con una broma ingeniosa. Una marca de lantanas cubría por entonces los muros de París con sus carteles: "Dunlop se bebe los obs-

se hacían idea de los prejuicios intelectuales de quienes le denunciaban. En consecuencia, estos lejanos censores atendían sobre todo a lo incompleto de sus Ensayos, al peligro de interpretaciones equivocadas, al escándalo que provocaban expresiones inmaduras, principalmente a la precipitación con que se hacían circular ideas, que, en el caso de que fueran rectas, ciertamente se irían imprimiendo, pero cuya coyuntura, según su perspectiva, no estaba aún madura para la publicidad.

Las vacilaciones de Roma se avenían mal con el celo explosivo de Teilhard, a quien compañeros de diálogo de buena voluntad le habían planteado determinados problemas y era de opinión que estas cosas debían precisamente ahora ser expresadas.

Mas aún, los consejeros teólogos de las autoridades romanas infravaloraban ciertamente las aptitudes teológicas de su colega. En la esfera del trabajo intelectual teológico lo consideraban como un pedante aficionado. Todo lo más con respecto a él habrían repetido lo que el Cardenal Suhard me dijo hablando de algunos apóstoles de la Misión de París (se trataba entonces de sacerdotes obreros, a quienes el Cardenal quería con cariño de padre, pero no sin cierta preocupación): "Suelo decirles: Hijos míos, Uds. trabajan bien; pero no es necesario que hablen de ello; si se ponen a hablar, seguramente comenzarán a decir tonterías".

La capa más honda del conflicto.

Contemplando el asunto más hondamente, su concepto de la tarea de un sacerdote enrollado en el trabajo científico divergía radicalmente de la idea que Teilhard se había hecho de su propia vocación sacerdotal.

Teilhard explicó: "Uno se tiene que beber los obstáculos a base de obediencia". Este humor inocente veló —sencilla y lealmente— la congoja de una lucha interna, en cuyo fondo no batía fácilmente "la seguridad de estar haciendo lo mejor" al aceptar una determinada actitud. Al P. Valensin le confesaba el 19 de junio de 1925: "Creo que Ud. tiene razón. La separación de mi vida en París podría significar para mí el acceso a una esfera, en la cual Dios para bendición mía, a cambio de ciertas cosas a las que con alma y vida estoy excesivamente apegado, me dé otras. ¿Pero puedo estar seguro de que no voy a desertar...?"

Ciertamente creo que aceptaría con profundo gozo beber este pequeño cáliz, si al menos estuviera seguro de que contiene la sangre de Cristo!"

En realidad de verdad este incidente, sin que él cayera completamente en la cuenta fue la primera fase de un malentendido entre el Padre y los superiores de la Orden, un malentendido que revivió pertinazmente y se hizo continuamente más y más profundo.

Para los teólogos romanos un sacerdote que se hubiera conseguido la fama de un legítimo científico constituía, por así decirlo, una viviente apología. Su entrega a la Iglesia —y nadie dudaba seriamente de la entrega de Teilhard— y su entrega a la ciencia demostraban con suficiente claridad que no existe incompatibilidad entre la Fe y la Ciencia. Este testimonio mudo era suficiente. ¿Para qué ponerlo en duda a través de una extemporánea manera de hablar? Si Teilhard contraía una mancha en sus relaciones con las autoridades eclesiásticas, su testimonio se echaba a perder; o aún peor, podría ser usado como testimonio contra la causa que pretendía servir. Por medio de su orden de silencio pretenían más bien estos aparentes perseguidores defender a Teilhard contra sí mismo; estaban sinceramente contentos del influjo que ejercía, y querían sencillamente preservarlo.

Para Teilhard el asunto tomaba otras perspectivas. Según su idea, la presencia de un religioso en el mundo de la Ciencia era solamente un testimonio incompleto. Ateos y creyentes se encontraban para dialogar cada día, ejecutaban trabajos científicos valiosos, sin que nadie pudiera extraer de ellos una prueba en favor o en contra de su ideología, o de sus creencias. Precisamente para dar un testimonio efectivo debía un sacerdote entregado a la Ciencia poder responder de la unidad íntegra de su vida. (6)

Si sus lejanos protectores hubieran barruntado de qué categoría era el sacrificio que le imponían al ordenarle silencio, sin duda hubieran vacilado antes de continuar silenciándolo.

Sin duda los teólogos que más simpatizaban con él concedían de buen grado en que el Padre les aportaba algunas ilustraciones, pero pensaban que debían mantenerle en el papel de un informador objetivo. Estupendo que participara

(6) El Padre se sentía destinado a llevar a cabo esto. Su celo científico se acercaba precisamente a las fuentes de su fe y de su sacerdocio. También en el ejercicio de sus actividades profanas era consciente de proclamar un mensaje, que le había sido confiado por Jesucristo.

"En algunos momentos", escribía en una disertación dirigida a Maurice Blondel, "suspiro también yo bajo la opresión excesiva del trabajo. Siento que aceptaría con placer la promesa de dejarlo todo: el amontonamiento de los hechos, el torbellino de las ideas, el tumulto de las sociedades... pues bien, a pesar de ciertas expresiones del Evangelio, en conciencia considero que Nuestro Señor no nos ha dado permiso para abandonar el trabajo encomendado a nosotros por la naturaleza" (Maurice Blondel et le Pere Teilhard de Chardin, Archives de Philoso-

a los profesores de teología, filosofía y exégesis las consecuencias finales ya elaboradas y las hipótesis en boga de la Geología, la Peleontología, etc...! Pero debía dejar en manos de los peritos de las ciencias religiosas el cuidado de obtener a partir de aquéllas las necesarias conclusiones!

Dudas de Teilhard sobre la metodología reinante en la teología.

Teilhard dudó siempre de la fecundidad de tales métodos. Conocía la tentación de los científicos, que se han hecho fuertes a través del tiempo en un sistema y que están siempre dispuestos a integrar en él con increíble habilidad cualquier aportación imaginable, sin cambiar en lo más mínimo la estructura de su universo intelectual.

En aquel entonces había ejemplos suficientes de tales adaptaciones. Un cosmólogo encallado, a quien se le dió el dato de la aparición sucesiva de las especies vivientes, que viene a parar en una cadena ininterrumpida de formas cercanamente relacionadas, se construyó sin demasiado trabajo un plan armónico de creaciones independientes, según el cual Dios progresando siempre "in mensura et pondere", habría hecho aparecer continuamente bosquejos cada vez más perfectos, de modo semejante a como un modelador conduce poco a poco su obra, siempre en progresión ascendente, a la perfección.

Un teólogo, perfectamente consciente de que ni el paraíso ni la caída en el pecado han dejado tras de sí sus huellas en la historia de la tierra, se imaginó el paraíso terrenal como una especie de "Reserva" de unas cuantas hectáreas, milagrosamente exceptuadas de las leyes naturales de la selección, de las catástrofes naturales, de la enfermedad y de la muerte... y descubrió que era perfectamente comprensible que la primera pareja, al abandonar este estadio intermedio, abruptamente interrumpido por el

phie, Enero-Marzo 1961, pág. 139).

El trabajo científico, ejecutado con espíritu de Fe, no era a sus ojos un trabajo de esclavo, que suspirando y en espera de su liberación, arrastra la vida; más bien lo tenía como el trabajo de un hijo que embellece la casa paterna.

"Si me consideras digno de esto, Señor, deseo mostrar a aquellos, para quienes la vida es banal y sin brillantes, los horizontes ilimitados del trabajo oscuro, que —mirándolo sencillamente— puede añadir un elemento más a la perfección del Hijo de Dios hecho hombre un elemento, que ha sido contemplado por Cristo y regalado con su inmortalidad". (Mon Univers, 1918).

Este era propiamente su mensaje, su "Evangelio", y su prestigio como científico sólo tenía valor, en cuanto le permitiera proclamarlo.

pecado de Adán, se viera privada de sus privilegios y rebajada al grado de criaturas de pensamiento apenas perceptible, como convenía a su especie, "que fue previamente elevada precisamente desde la animalidad".

Un exégeta de la escuela del concordismo, que trataba de salvar la cronología bíblica, extrajo, teniendo en cuenta todos los datos de la prehistoria sobre la edad de la humanidad, una ventaja sorprendente de la teoría de los preadamitas...

Estas hipótesis ingeniosamente elaboradas proporcionaron a sus autores armas invencibles. Pero estaba claro que un espíritu penetrado en ciencia moderna, por muy empeñado que estuviera en proyectar sobre sus problemas la luz de la Fe, no podía encontrar en ellas la más mínima ayuda.

El diálogo con los Incrédulos.

Teilhard tuvo una viva intuición de la irrupción del diálogo entre la Iglesia y el mundo moderno. Por su parte hubiera usado muy de su agrado la famosa expresión de Pío XI; "El gran escándalo del siglo XX consiste en que la Iglesia ha perdido la atención del mundo moderno", es decir, los testigos más excepcionales de una generación a quienes "la potencia creciente" de su época "les había llevado a una reestructuración de toda su esfera de experiencia". Para entablar de nuevo este diálogo —y esta era la reforma eclesiológica que con toda su alma anhelaba— conocer los resultados logrados por el progreso de las Ciencias Naturales; debía uno más bien haber colaborado en el cambio estructural de la conciencia humana, en la gran "vela colectiva", que permite presagiar que en

(7) Teilhard pensaba en los profesores que aún no hacía mucho tiempo le habían formado, y en los teólogos de su generación. Apenas pudo encontrar a alguien de entre ellos, que pudiera "hablar el lenguaje de los incrédulos". Se encontró solo, pero no acobardado. La responsabilidad ante una empresa, cuya urgente necesidad captaba, le entusiasmó.

En una carta de diciembre de 1926 escribe: "Me he ofrecido siempre al Señor como una especie de terreno de experiencias, sobre el cual El pueda efectuar, como en un modelo, por llamarlo de algún modo, la amalgama de las dos grandes fuerzas vitales, el amor a Dios y el amor

la hora de la segunda revolución técnica "comienza un nuevo estilo de vida", en el cual "la actividad humana no puede ya satisfacerse completamente más que marchando estrechamente unida con el perfeccionamiento total del Cosmos" (Cfr. Henri de Lubac: "El pensamiento religioso de Pierre Teilhard de Chardin", Aubier, 1962, págs. 28-29). (7)

El punto culminante de la prueba.

Según mi opinión, la obediencia de Teilhard fue ejemplar: ni con resistencias, ni con temores, sino de todo corazón y libre al mismo tiempo. Aceptó sin regatear los sacrificios que le fueron impuestos. Por lo demás practicó en las relaciones con sus superiores aquella claridad de conciencia, que constituye en la Compañía de Jesús el contrapeso de la disciplina religiosa, y es al mismo tiempo la garantía contra una sumisión servil. Sus superiores podían contar con su ilimitada docilidad. Pero nunca les ocultó lo que en sus decisiones le pareció innecesariamente duro, y les sugirió siempre hasta lo último (su última carta a su superior provincial está fechada pocos días antes de su muerte) que miraran la posibilidad de revisar esta política de prudencia, que a él le parecía estar en contradicción con su vocación interna y también con los intereses de la Iglesia.

El P. Pierre Leroy ha publicado ya en su librito "Teilhard tel que je l'ai connu" una de sus cartas dirigida a su superior general: a continuación sigue una aún inédita, concebida en los mismos tonos. La escribió en el momento en que recibió la prohibición, lisa y llana y obligante, de publicar cualquier cosa de contenido filosófico o teológico. Antes de enviar su respuesta, me mandó a mí una copia de ella. (8)

al mundo: una amalgama, sin la cual —estoy convencido de ello— no es posible el Reino de Dios" (Henri de Lubac, id. pág. 144).

De hecho creyó haber sido escuchado en este ofrecimiento, y se mostró maravillado de haber recibido esta gracia:

"El Señor me ha hecho caminar por rutas tan inesperadas, que confío en que El me permitirá utilizar de la mejor manera posible para su Gloria. Ojalá pudiera servir un poco a esta gran causa —que fundamentalmente me es tan querida— es decir, a la amalgama visible de la vida cristiana con las fuerzas vivas "naturales" del Universo".

(8) Muy Reverendo P. General; Pax Chti.

El P. Provincial me acaba de enterar del contenido de su carta de 22 de Agosto, concerniente a mí. No es necesario decir que puede Ud. contar conmigo, con la ayuda de Dios. Estoy demasiado convencido (y lo estaré cada vez más) de que el mundo no puede llegar a su meta sin Cristo, y que no existe Cristo sino en la interior fidelidad a la Iglesia, como para experimentar la más mínima vacilación ante la comunicación de su decisión. Solamente tengo la esperanza de que el Señor me ayudará, en

esta situación difícil para mí espiritualmente, a hallar en fidelidad mi camino. Por suerte poseo amigos esclarecidos y seguros en la Compañía, que a Ud. le son conocidos y que me ayudarán a suavizar mi camino.

Me va a permitir Ud., con toda sencillez y confianza filial, que añada que en la situación en que se me ha puesto, en cuanto yo soy capaz de juzgarla, existe cierta especie de infravaloración o malentendido, que, según creo, acabará por clararse, a fuerza de fidelidad. Desde 1939 (todos mis escritos controvertidos proceden,

En mi puesto de superior quedé muchas veces yo mismo altamente edificado de su obediencia. En dos ocasiones (el año 1945, cuando la cátedra de Eduardo Le Roy, que había alcanzado ya la edad de jubilación, quedó libre, y luego en junio de 1948, como consecuencia de la renovada e insistente petición del Sr. Faral) le tuve que notificar la prohibición de aceptar una cátedra en el College de France, experimenté mi encargo como muy duro. En ambas ocasiones fue el mismo Padre quien me tranquilizó: "Dios es grande; hay que obedecer", y se puso a hablar de otras cosas.

A sus amigos más íntimos les pidió que rogaran a Dios para él la gracia de obedecer sin amargura. Esta gracia le fue concedida. Cuando el Muy Reverendo P. General le pidió ir a Roma con la esperanza de facilitarle la publicación de su libro "El fenómeno humano", me dijo: "Me alegro mucho de visitar a nuestro Jefe; voy a poder decirle todo lo que llevo en el corazón". Y en seguida añadió con un guiño pícaro en sus ojos: "Me ha entendido Ud. perfectamente; he dicho que le diré todo lo que llevo en el corazón, y no todo lo que de corazón desearía; porque en realidad no tengo el corazón atado a ningún deseo".

Una tentación que nunca tuvo Teilhard.

Que Teilhard estaba entregado a la Iglesia totalmente, lo ha demostrado su vida suficientemente. Sería muy poco decir que se sobrepuso a toda tentación de rebeldía. Una testación de este tipo no la experimentó nunca. La única vez que le vi "fuera de sí" fue un día del año 1950 en que recibió una carta de un ex-religioso, el P. P. G., que intuía sus dificultades y le invitaba a adherirse a la pequeña comunidad disidente de los "Creyentes libres", a la cual él mismo se había unido. Enseguida bajó a mi cuarto y ciertamente vi lo muy disgustado que estaba: "¿Cómo puede él pensar algo así?, me dijo. Le escribí como respuesta una carta larga y llena de visible indignación, explicándole "que en su opinión sólo el Philum romano poseía el futuro del mundo", Si mi memoria no me engaña, P. G., ciertamente no muy sensato pero sí de gran

creo, de fecha anterior a ésta) he conseguido, según la opinión de prestigiosos teólogos que sigue mi actividad, grandes progresos con respecto a la explicación correcta de una visión del mundo, que (a través de mi experiencia con los incrédulos) me parece tener posibilidades de servir de alguna manera al reino de Dios. ¿No le parece que sería lastimoso arrojar sin probarlo un fruto, que posiblemente ha sido recogido en madurez?

Y no le parece que la mejor reparación para

(9) A quienes le preguntaban sobre este tema, le gustaba contestarles con una frase de Saint-Exupéry: "Para ser útil a la casa, tiene uno que estar en casa". Pero esta respuesta velada

corazón, le envió una carta de excusas, diciéndole que se había propasado y que le pedía perdón. Nada le hubiera podido ser más penoso que la actitud de algunos de sus amigos alejados de la Iglesia, cuando le indicaban: "Su religión es digna de admiración, pero su religión no es la religión católica". Respondía siempre con una mirada dura: "¿Me consideran Uds. tan loco como para querer fundar una nueva religión o como para pensar que me tengo por un segundo Cristo?".

Lo que he dicho con respecto a su apego a la Iglesia, lo tengo que repetir con respecto a su apego a la Compañía de Jesús. Un religioso puede tener motivos muy justificados para abandonar su Orden. El Padre sabía esto perfectamente. Concedía la posibilidad teórica. "Hay bastante casos en los que uno tiene que abandonar a su madre, precisamente para ser un verdadero hijo". No creo que jamás se planteó este problema seriamente. (9)

Obediencia dentro de una libertad interior.

Esta constancia no fue en él ni un fatalismo cansado ni una estóica obstinación: "Ud. sabe que ser fiel a una Orden por principio (permanecer por permanecer) no me parece que constituya ya una virtud".

Más bien fue el fruto de un amor real, que se había salvado de entre los ensueños de su juventud religiosa, cuya desaparición sin embargo no cambió en manera alguna lo esencial.

"Cada vez estimo menos el éxito personal —por lo menos eso me parece—; sin ser en lo más mínimo un misántropo, no me preocupó en absoluto por la estima de nadie. Lo cual no quiere decir que no ame mucho y tiernamente". (Al P. Valensin, 15 de julio de 1921).

La menor prueba de afecto o de intimidación podía hacer surgir este amor con una espontaneidad que muchas veces me encantó.

La última vez que me encontré con él, estaba el Padre bajo el ímpetu de una de las más dolorosas desilusiones de su vida. Fue en el año 1954. Ya gravemente enfermo, partió de Nueva York, donde residía, y utilizó sus vaca-

lo que en el pasado he podido publicar de menos bueno, consistiría en que por fin me resultara algo libre de objeciones?

Suceda lo que suceda, no dude Ud. nunca de que mi único anhelo ya desde hace mucho tiempo es glorificar y dar a conocer a Jesucristo, y cuente Ud. bajo cualquier circunstancia siempre con mi más respetuosa y perfecta entrega a Ud.

Siervo en Cristo de su Paternidad, Pierre Teilhard de Chardin."

reservadamente no descubría su pensamiento completo. Sin duda que la larga sospecha, bajo la cual permaneció ante sus superiores de Roma, y que tanto le hizo sufrir, le hizo también

clones para viajar a Europa con motivo de un congreso científico. Tenía intención de pasar allá sus meses de verano. El Sr. Jean Rostand había precisamente acabado de publicar su breve escrito, tan terriblemente pesimista: "Ce que je crois" (Lo que yo creo). Teilhard reaccionó violentamente al leerlo. Durante muchos días reflexionó sobre una posible respuesta. Sintió cómo ésta se iba poco a poco configurando en su interior. Antes de ponerse a redactarla, quiso tener la certeza de que esta vez —se daba perfecta cuenta de que iba a ser la última— podría por fin publicar algo. Escribió a Roma y sometió su proposición allá. Inmediatamente llegó una respuesta dura para él; prohibición de publicar y mandato de volverse inmediatamente a América. Acababa precisamente de recibir esta carta cuando yo le fui a visitar a la casa de "Etudes", que había tenido que abandonar hacía dos años. Esto sucedió el 31 de julio (fiesta de San Ignacio). En cuanto abrí la puerta de su habitación, vino a mi encuentro con los brazos abiertos: "Ah Ud. viene precisamente hoy a visitarme! Qué hermosa fiesta de San Ignacio". No había encontrado ninguna frase mejor para agradecer mi atención.

Este fue la actitud permanente del P. Teilhard de Chardin. Estaba convencido de que una especie de "infravaloración o malentendido" estaba en el fondo de la situación en que se encontraba. Se preocupó por aclararlo "a base de fidelidad". Si bien no tuvo nunca éxito completo, nunca se sintió tentado a considerar esta prueba como estéril. Jamás quiso "obedecer sólo por necesidad y sin amor" ("Imitación de Cristo" libro 1º, capítulo 9º). Aprendió a amar la obediencia. A través de ella penetró en "el círculo más íntimo de la unión con Dios", que es precisamente el del sacrificio. Creyó lleno de fe vital que Dios "hace realizarse al mundo a través de la Cruz" (Origen de un pensamiento, Grasset, 1961, pág. 328).

perder cierto ingenuo apego a la Iglesia y a la Compañía "que constituye sin dudar el encanto de muchos" y por la cual conservó siempre una nostalgia secreta. Pero su fidelidad con respecto a ellas no fue afectada por ello.

"Soy consciente de sentirme, por motivos nuevos y más elevados, profundamente ligado a ellas (la Iglesia y la Compañía); soy consciente de que me vería obligado a aceptar mi traición "al mundo" si abandonase el puesto que me ha sido encomendado. En este sentido las amo a las dos, a la una y a la otra, y pretendo... trabajar... como un pequeño átomo... para llevarlas sin oposición hasta su perfección. Esté Ud. totalmente convencido de que tampoco

(10) Desde el fin de la primera guerra mundial había ya barruntado la prueba en su forma más dura, y se sintió forzado por el Espíritu Santo a presentar a Dios un cheque en blanco; en diciembre de 1918 escribe así a su prima Margarita Teilhard de Chambon:

"Creo que he percibido algo, y desearía que este algo se llevara a cabo. No puedes hacerte una idea qué exigencia tan opresora experimen-

"Una vez que uno ha comenzado a ver las cosas y los acontecimientos bajo esta luz única, se siente uno casi aterrorizado ante la sed de claridad, bajo la cual padece el Universo, y se siente uno casi "fuera de sí" de anhelos por contribuir a entregarle algo de esta claridad".

Se dió cuenta perfectamente de que las prohibiciones formuladas le impedían, humanamente hablando, anunciar la magnitud plena de lo que llevaba en el corazón. Pero sabía por experiencia el valor de un "empequeñecimiento", cuando uno lo acepta como la voluntad de Dios.

"Quizás nunca experimento tanto lo maravilloso que es estar unidos a Dios, como cuando me contemplo por voluntad de Dios unido a un destino, que es menos glorioso del que había idealizado, y cuando, en lugar de torturarme por ello, me dispongo a aceptarlo" (ibid. pág. 12). (10)

Estas notas iluminan la vida del P. Teilhard de Chardin y su maravillosa libertad interior. Si es cierto que tuvo que sufrir por parte de su Orden y de la Iglesia, y si es cierto que todo lo soportó con un corazón de hijo, esto sucedió así precisamente porque había aprendido el espíritu de obediencia de su Orden y de la Iglesia.

Teilhard hizo honor a la herencia de su familia religiosa, y fue consciente de ello. En su obra resuena el eco de las "reglas para sentir con la Iglesia". Como punto final o balance de un largo intercambio de correspondencia escribió lo siguiente a Maurice Blondel:

"Estoy incommoviblemente convencido de que en la actitud rica de experiencia y de ancha visión de la Iglesia hay infinitamente más verdad que en nuestras simplificadoras filosofías; lo que los santos han practicado, es, quizás aun

me ha pasado por la mente el pensamiento de abandonar la Orden" (Carta al P. Valensin de 15 de julio de 1929, cfr. Claude Cuénot ibid. pág. 149).

Hay que pesar cada palabra de este texto. Ciertamente Teilhard concibió la posibilidad de una separación de su Orden, que hubiera podido ser determinada por sus superiores. Pero jamás habría tomado la iniciativa para un tal rompimiento, que veía como la más cruel de las posibilidades. En este punto no creo que cambió nunca hasta el fin de su vida: "Estoy dispuesto a caminar hasta el fin; en cuanto sea posible con una sonrisa".

to algunas veces en este sentido, y qué impotencia también. Pero lo que me conmueve, es la confianza indestructible de que el resplandor de luz —si es que lo hay en mí "Evangelio"— brillará de una manera o de otra. En el peor de los casos es ésta mi firme convicción: nacerá de nuevo en otro corazón y —según espero— tanto más rico, cuanto yo lo haya protegido más fielmente" (pág. 351 ibid.).